

Un fantasma recorre la dialéctica de la Ilustración

José Antonio GONZÁLEZ SORIANO

MUÑOZ, Jacobo: *Figuras del desasosiego moderno*. (Encrucijadas filosóficas de nuestro tiempo). Mínimo tránsito. A. Machado Libros. Madrid. 2002.

El autor esloveno Slavoj Žižek señala en su obra *El frágil absoluto* [*The fragile absolute*]: “Es posible que la mejor manera de captar la esencia de una época sea examinar no las características explícitas que definen sus construcciones sociales o ideológicas, sino los fantasmas no reconocidos que la pueblan, y que moran en una región misteriosa de entidades inexistentes que, sin embargo, *persisten* y siguen haciendo valer su fuerza.” Éste es justamente el tema al que se circunscribe el nuevo libro del profesor y catedrático de la Universidad Complutense de Madrid Jacobo Muñoz: *Figuras del desasosiego moderno*. (Encrucijadas filosóficas de nuestro tiempo). El mismo título alude ya a esa cualidad espectral del objeto de reflexión del que se ocupa, y su subtítulo incide en el hecho de que tales cuestiones fantasmáticas recaen sobre el pensamiento (o se expresan a través del mismo) bajo la forma de conflictos irresolubles en la determinación del sentido, ya que a la problemática explícita de cada desarrollo filosófico se le sobrepone subrepticamente el rastro de las entidades inconfesadas que *persisten* bajo el texto manifiesto del devenir histórico. El profesor Jacobo Muñoz aborda la ingente tarea de desvelar estas significativas dependencias, y en ese empeño su labor se inscribe, con plena propiedad, en el marco del pensamiento crítico o de la *filosofía de la sospecha*, esto es, en el seno de una actitud rigurosamente *ilustrada*. Esto supone, en primer lugar, tratar de acotar una descripción adecuada del sentido de nuestro tiempo. Jacobo Muñoz nos ha propuesto, al menos, dos. La primera se contiene en su libro de 1984 *Lecciones de filosofía contemporánea*:

En la autosatisfacción “civilización occidental”, hallamos una vida en cuyo marco las relaciones humanas, personales, no arrojan ya otro rasgo –en lo que algunos lla-

man el tránsito consumado de la “comunidad” a la “sociedad” – que el de la impersonalidad y la instrumentalización mutua; en la que el ideal científico de la más aséptica “objetividad” guía modales y situaciones, descarnándolos y estereotipándolos; en la que el aislamiento, la atomización y la indiferencia afectiva son el sustento cotidiano; [...] en la que las actitudes se orientan, en fin, en base a una pseudorracionalización cuyo coste anímico resulta incalculable [...] en un mundo que no tolera la diferencia y que como únicos ideales se alimenta ya –bajo la siniestra máscara del “progreso”– el obsesivo afán de poseer y destruir.

En este paisaje impresionantemente descrito hallamos el leve rastro de la sugerencia de que toda esta configuración podría haber sido de otro modo (y por lo tanto, aún podría serlo), es decir, la alusión leve, pero significativa, de la contingencia del conjunto socio-histórico-cultural. La descripción que encontramos en el nuevo libro *Figuras del desasosiego moderno* muestra un tenor ligeramente distinto incluyendo un rasgo diferencial que resulta intensamente llamativo:

La Megamáquina de la Modernidad y su voluntad de poder, que es siempre voluntad de más poder, pura voluntad de voluntad que toma cuerpo en el automatismo de los procesos sociales, que organiza tentacular y difusamente nuestras necesidades y que funciona en un eterno retorno que marca el fin de la historia propiamente dicha, de nuestros simulacros de opciones y de nuestra propia apariencia de libertad.

En este fragmento, la apelación explícita a la *necesidad* de que estaría investida la clausura histórica de las posibilidades sociales de emancipación puede ser leída, en contraste con el anterior texto, como una referencia al fantasma que según el citado Slavoj Žižek “nos ha estado rondando durante los últimos ciento cincuenta años [...] el espectro de la primera frase de *El Manifiesto Comunista*”, el fantasma del futuro revolucionario. En concreto, la descripción del profesor Jacobo Muñoz alude justamente a la zona de sombra que implacablemente ha ido envolviendo, en los años que marcan el final del “siglo más corto de la historia”, la perspectiva racionalmente fundada de un proyecto revolucionario para la Modernidad capaz de hacer a ésta plenamente consecuente con su lema ideológico: libertad, igualdad y fraternidad. Todo el contenido de este libro puede ser interpretado como un apasionante y exigente recorrido por las formulaciones filosóficas de la Modernidad tardía en busca de los puntos nodulares del pensamiento en los que ha tenido lugar el desplazamiento de la perspectiva revolucionaria de la lógica del discurso. El autor sigue en este empeño el proceder incondicional ilustrado del *desencantamiento*: no transigir con la seducción que emana de la mera apariencia fantasmal de la vertiente revolucionaria de la dialéctica de la Ilustración. Por el contrario, clarificar con el exclusivo poder de la reflexión filosófica el sentido de las categorías históricamente producidas a través de las cuales el potencial emancipatorio de la Modernidad ha sido disgregado simbólicamente para traspasarlo desde el plano

de la conciencia comprometida al plano de la mitología enigmática: un proceso cuyas claves conceptuales concretas han sido hurtadas, sistemáticamente, a la opinión pública. Por tanto, el autor nos ofrece una rigurosa actualización de aquel testimonio de compromiso con el legado liberador de la Ilustración que un día se llamó Teoría Crítica.

Sin embargo, en su formulación clásica, dicha Teoría conceptualizó el sesgo degenerativo de la dialéctica de la Ilustración como consecuencia ineludible de la hegemonía de la racionalidad instrumental, bajo el signo de la deshumanización de la sociedad reducida a sistema. En el presente, a este condicionamiento económico-político se unen las consecuencias deslegitimadoras que se desprenden de la lucha por el reconocimiento de la identidad cultural y el derecho a la diferencia que es esgrimido a cada paso recurriendo a fundamentos de religión y/o sangre que persisten en el hondón de la sociedades. No resulta fácil reducir a los términos de la crítica de la razón instrumental diversas manifestaciones radicales del substrato cultural sociopolítico, y la enigmática colisión/colusión de premodernidad y postmodernidad que aquí parece traslucirse constituye el rasgo propiamente aporético de nuestra época, que puede ser descrita en consecuencia por Jacobo Muñoz como transida de una “nueva opacidad”.

El reto, por tanto, consiste en tratar de entender qué es lo que ocurre, lo que significa ahondar en la propuesta del *paradigma* de la *reflexión* (constitutivo de la Modernidad, aun cuando su desarrollo incontenible tiende a disolver los mismos fundamentos normativos en los que aquella trataba de sostenerse). Hay en todo caso, un *principio político* (quizá una *petitio principii*) del que partir, y es la vigencia (por no realizado) del contenido normativo de la Ilustración en cuanto condensado en las demandas de autoconsciencia, autodeterminación y autorrealización; manifestaciones ético-políticas de la substancia cultural implícita en el paradigma de la reflexión. Y hay también una convicción gnoseológica de índole racionalista-experimental, que conjuga, un poco al modo kantiano, la necesidad de contrastación y el activismo de la razón, eso sí, en cuanto facultad *interpretadora* (ese matiz que las teorías tardomodernas antropológicas y hermenéuticas añaden al legado kantiano, si bien en colusión problemática con la radicalidad del espíritu postmoderno en su sesgo desesperado/desperanzado). Éste es, pese a todo, el bagaje valioso que Jacobo Muñoz quiere preservar del efecto disolutivo que emana de esa enojosamente persistente opacidad de la época contemporánea. Pero al tratar de restaurar el valor de los fines ideológicos de la Ilustración, se restaura asimismo la ambigüedad aneja a su incondicionada apertura de sentido socio-política: si su contenido básico se centra en la *autoconsciencia*, la orientación predominante del pensamiento consistirá en el autocercioramiento (de afinidad más o menos idealista o transcendental). Si en cambio, el contenido fundamental se centra en la autorrealización, nos situaremos de bruces frente a la perspectiva revolucionaria, auténtico fantasma,

esquivo y omnipresente, de la Modernidad y su dialéctica.

Pero ¿en qué consiste, después de todo, este legado revolucionario que aguarda y persiste insonante, en los pliegues de todo el movimiento cultural que vive por el impulso de la Ilustración? Jacobo Muñoz considera que ha sido formulado modelímicamente en ciertos momentos históricos relevantes: así en *Historia y conciencia de clase*, de Lukács, que es, a juicio del autor, “una rara síntesis de hegelianismo y fichteanismo, en clave mesiánica”; una teorización que no puede esquivar al fin y al cabo su dependencia con una sensibilidad neorromántica de *resistencia* que se nutre de la nostalgia ilusoria de alguna arcádica esencialidad vital que moraría “al otro lado de la línea de sombra” de la árida y fragmentada cotidianeidad capitalista. Una sensibilidad que sólo podría tomar cuerpo, por otra parte, en el ámbito estético. El dilema que así se plantea (racionalidad praxeológica/racionalidad estética) parece obsesionar el análisis de Jacobo Muñoz en todas las páginas de su formidable volumen, y fuerzan su veredicto de que tales modelos de autocomprensión filosófica no rebasan a ningún nivel el acervo conceptual o imaginario de la misma Ilustración cuyo orden social y cultural es drásticamente desafiado.

Sin embargo, la habilitación de vías para la reformulación de la razón práctica a través de propuestas categoriales relativamente independientes del paradigma ilustrado es imprescindible si reparamos en la intención explícita de esa obra capital de la Teoría Crítica que es la *Dialéctica de la Ilustración* (Adorno y Horkheimer): “Comprender por qué la humanidad, en vez de entrar en un estado verdaderamente humano se hunde en un nuevo género de barbarie”. En realidad, toda la fundamentación del esfuerzo crítico de raigambre ilustrada gira en torno a un único y mismo espectro (claramente vinculado al espectro principal del *comunismo*): el de la racionalidad social desconcertantemente evanescente, de la que podemos reconocer, al menos, dos modelos orientativos: la racionalización como *Entzauberung* (desencantamiento), descrita por Max Weber en conexión con su idea del crecimiento cultural que se derivaría de la separación de la tres esferas del conocimiento social (cognitiva, normativa y expresiva), y la idea marxiana de la racionalidad social global como conjugación consciente de las relaciones sociales desde el principio de la libertad. El desajuste final o íntima incompatibilidad extrema de ambos modelos constituye una evidencia especialmente alarmante para la sensibilidad crítica que detecta cómo, a cada paso, va siendo devorada “la substancia espiritual que nutrió la vida de la democracia”. Y a este tipo de sensibilidad desconcertada remiten las inquietantes alusiones del autor al Mal como interlocutor oculto de toda la filosofía crítica occidental.

Pero el espíritu de lo maligno acaba siendo reconocible bajo una de sus manifestaciones más conspicuas, que Jacobo Muñoz se encarga de desenmascarar: se trata del “progreso”, “apología vergonzante de la barbarie”, falaz apariencia de innovación en el seno de la parálisis total. A esta misma vacuidad ideológica se

refiere la fantasmagoría que W. Benjamin desveló en su particular elaboración del tema del *fetichismo de la mercancía*, auténtico trampantojo cultural del capitalismo que alberga el núcleo de su condición autolegitimatoria: la apariencia de una corriente de innovación continua que oculta un designio cuasi-mítico (natural-social) de eterna repetición del ciego principio de autoconservación.

Pero la delimitación de tales opacidades fantasmáticas requiere de una capacidad teóricamente crítica tensada a partir de una sensibilidad especial para aquellos planos de la totalidad histórica renuentes a la conceptualización. Jacobo Muñoz cifra esta actitud en las lecturas extremadamente dialécticas de la virtualidad científica operante en el materialismo histórico. El autor se deja guiar por una suerte de “afinidad dialéctica” que le lleva a converger con orientaciones de pensamiento que hacen de la contradicción interna el motivo central de su elaboración reflexiva: como ocurre con la filosofía estética de Adorno, con la configuración general del pensar de Benjamin o Isaiah Berlin, o con el magisterio (persistentemente aludido) de un Horkheimer a veces un tanto errático para una lectura superficial. Junto con ello, la sugestiva lección en que más insiste el autor trata de cómo las paradojas incommovibles de la Modernidad que constituyen su dialéctica cosubstancial y terminante se anuncian ya en los orígenes de su particular conformación filosófica. Imponente y brillantemente desvelador el recorrido (tan poco estudiado en nuestro ámbito) de Jacobo Muñoz por la *Génesis del nihilismo europeo*, deteniéndose en el texto cuasiprofético de la carta abierta de F.H. Jacobi a Fichte, fechada en 1799. Así la anota el autor: “Convertido el mundo en fantasma, pronto se alcanzará el grado más alto de refinamiento «y eso será el final: sólo creeremos ya en fantasmas. Nosotros mismos seremos como Dios». Esto es: fantasmas. [...] «El sudor amargo de lo verdaderamente serio habrá sido secado ya de toda frente; las lágrimas de la nostalgia y el anhelo habrán sido enjugadas de todos los ojos; sólo habrá risa entre los hombres. La razón habrá culminado así su obra».”

Así pues, se trata, una vez más, de ajustar con rigor cuál sea dicho fantasma, temido y deseado, a un tiempo, por la Modernidad. Jacobo Muñoz reflexiona sobre la naturaleza del *relativismo*, capaz de rehuir todos los embates refundamentadores del proceso de autoilustración de la Ilustración, comenzando por el de la actitud positivista de la “concepción científica del mundo”. Sin olvidar que, pese a ello, fueron precisamente dos adalides de la coherencia y lucidez procientíficas de la reflexión –Carnap y Wittgenstein– quienes se encargaron de definir con especial penetración el sentido de nuestra condición de animales no sólo simbólicos sino también éticos, alumbrando, en el caso del primero, una “ética pública de la configuración consciente de la vida social”, y en el del segundo, “una ética privada de la integridad personal”. Desde ambos puntos de vista asistimos al redescubrimiento por parte del pensamiento político de nuestro tiempo del enigma de mayores proporciones que prefigura el desarrollo de la Modernidad: la cuestión del *Sujeto*:

“Repensar la cuestión del sujeto: he ahí el nuevo imperativo, como no podía ser de otro modo, dada la explosión de exigencias de autonomía y autodeterminación por parte de los más diversos colectivos a que estamos asistiendo y dadas, también las exigencias de reconocimiento y protagonismo, en su genuina condición de «individuos», que hoy plantean, con fuerza orgullosa, los y las «diferentes» de todo tipo”. La distinción de género en este final de la frase no es ociosa, en absoluto. Porque para Jacobo Muñoz los ideales ilustrados recobran toda su fuerza luminosamente normativa en la cuestión político-cultural de la lucha por la igualdad de género que el autor acota cuidadosamente para distinguirla de los desarrollos, críticamente más ambiguos, del “feminismo de la diferencia”. El “feminismo de la igualdad”, por contra, representa un proyecto teórico y programático sólidamente asentado en la filiación ilustrada. Porque como tal proyecto es la consecuencia directa del enjuiciamiento racional de la vida social y política a partir de los ideales de libertad, igualdad y autonomía, capaz de denunciar *el más ancestral de los prejuicios*: “el que hace de la mitad de la humanidad un conjunto de seres ontológicamente diferente para justificar su exclusión y sometimiento, cuando, en realidad, son la exclusión y el sometimiento quienes generan todas las diferencias que de una u otra manera van más allá de las anatómicamente necesarias para la complementariedad de los órganos reproductores”. Junto con la capacidad de crítica racional-liberadora del sentido de la institucionalidad históricamente consagrada, el pensamiento feminista de la igualdad devuelve plausibilización a la “posición de Sujeto”, ampliamente relativizada y deconstruida en la postmodernidad. A este respecto Jacobo Muñoz se hace eco del discurso de la filósofa Celia Amorós sobre la postulación de un *sujeto verosímil* (tras la muerte del sujeto enfático o inverosímil de la Modernidad) y de una *sociedad de sujetos* allende la desrealización social provocada por el subordinamiento de género.

La poliédrica cartografía filosófica del desasosiego moderno que traza el autor en el soberbio ejercicio de lucidez que representa este libro apunta a modo de (no) conclusión hacia aquel extremo que constituye el auténtico vuelco radical de la cultura contemporánea (punto al que Nietzsche nos enseñó a dirigir la mirada sin oficiar empero, de “testigo autorizado” del mismo): “el dato irrecusable del creciente reconocimiento del primado del contexto y, con él, de la interpretación”. A este primado inapelable (que tiende a diluirse con frecuencia en vaguedades metafísicas) sabe contraponer sabiamente el autor el criterio (modelado desde posiciones de materialismo ontoepistémico) del análisis concreto de la *práctica*: “Pero la verdad, qué sea esa verdad tan en retroceso [...] pero de la que aún hablamos y a la que aún decimos tender llevados de un poderoso atavismo, es cosa que en última instancia decidiría nuestro tráfico con los hechos. (En el bien entendido, pues, de que nuestras “evidencias” no pertenecen al orden del “ver”, sino del actuar).” La sagacidad crítica y materialista que se allega a esta valoración de la *praxis* como vehículo de

administración de nuestras limitadas certezas en función de desarrollos concretos de racionalidad social (susceptibles de elevar el nivel público de libertad y bienestar), viene avalada por la figura intelectual a la que Jacobo Muñoz parece otorgar (junto a Marx y Weber) primacía absoluta en la orientación del pensamiento de la Modernidad tardía: Ludwig Wittgenstein. Para éste, existía un resolutivo “transcendental” capaz de dar cuenta del origen y sentido de todos nuestros conocimientos, creencias y elecciones: las formas de vida (genuina conceptualización de la praxis) simbólicamente mediadas y estructuradas según cierta legaliformidad difusa pero persistente en lo que Wittgenstein conocía como *juegos de lenguaje*, delimitadores de las “condiciones de asertabilidad” de nuestras expresiones.

Si la impronta de un materialismo concebido en actitud crítica se refleja en diversas modalidades de pensamiento transformador de la praxis histórica, la impronta de la influencia de actitudes materialistas sobre un pensamiento de tendencia liberal (no revolucionaria) contribuye a dar cuenta del origen del viraje pragmático de la conciencia postmoderna. Éste vendría a constituir la última marca de una época asaz reflexiva, capaz de operar con la distinción entre *objetividad* y *verdad* (suprimiéndola o ampliándola según las motivaciones del discurso), y generando entre tanto una conciencia confusa y difusa que tiende a disolver las diferencias entre “filósofos de la sospecha”, “pastores del Ser” y neopragmatistas complacientes de estricta observancia. Las líneas directrices de gran parte de los movimientos que definen la postmodernidad se sustentan en la convicción de que las contradicciones derivadas de las relaciones sociales y las que provoca la tensión entre Historia y Naturaleza son reconducibles al plexo narrativo en continuo progreso de la autoconservación de la especie, de la vida o del Ser como Sujetos de autoafirmación positivista. La engalanada desolación conceptual en que se plasma esta actitud autorreferencial es calificada por Jacobo Muñoz, en sugerente giro, como “nihilismo sin tragedia”, donde se colapsan las energías críticas que la Ilustración había asociado al ejercicio libre del pensamiento.

¿Es acaso el *nihilismo* el fantasma último y definitorio de la cultura europea? El autor recupera del fondo de las heladas aguas del Spree berlinés las palabras de un pastor luterano del siglo XVIII que allí terminó voluntariamente su vida: “[El nihilismo es] el término más adecuado para lo que aquí está realmente en juego” (Daniel Jenisch, citado por Jacobo Muñoz como primer testimonio del uso de este término en el pensamiento europeo). En cualquier caso, ¿cuál es la traducción a concepto apropiada de la inquietud nihilista en su carácter más significativo? El autor propone una formulación en los siguientes términos interrogativos: “¿Cómo elegir más allá de la duda y la arbitrariedad entre valores últimos contrapuestos? Es posible que esta siga siendo, en esta coyuntura de cambio de milenio, la gran pregunta.” Una de sus posibles respuestas quizá se halle en la transformación misma del pensamiento racionalizador, de modo que pueda pasar de su subordinación al

impulso que habría de proporcionarle el poder simbólico de esas venerables figuras llamadas *valores* a la capacidad de instituirlos autónomamente.

Para ese fin (y no otro, esencialmente) consagró la Ilustración, en su vertiente revolucionaria, su designio racionalizador (teórico y práctico) de la cultura. Por más que dicho designio se halle en el presente sumido en la perplejidad; una incertidumbre cuyas referencias fundamentales ilumina espléndidamente el libro de Jacobo Muñoz, reactualizando la capacidad crítica del pensamiento en afinidad con esa intuición dialéctica que Adorno acertó a expresar con las palabras con las que el autor cierra su volumen: "... por mucho que toda felicidad se halle deformada por su propia revocabilidad, con todo en las grietas que desmienten la identidad, lo existente se halla cargado con las promesas, constantemente rotas, de eso otro".